

## Prólogo

*“¿Por qué nos cuesta tanto ver?”. “Miré; lo mirado permaneció elusivo, miré más intensamente, miré arrodillado, hasta que lo logré”.* Estas palabras, extraídas de la obra de Rainer Maria Rilke, resumen de una forma admirable uno de los retos más decisivos de la persona humana: la mirada, podríamos decir, radicalmente atenta, de aquello que nos rodea. Nos cuesta ver porque no miramos “arrodillados”. Y aquí podríamos entender ese “arrodillados” como “dispuestos a ver lo que hay más allá”, a ser sorprendidos, a dejarnos interpelar por algo más amplio y profundo que lo que estamos buscando o que lo que esperamos ver cuando miramos. Algo que nos habla de lo que nos trasciende, pero que podemos entender porque se nos dice con un lenguaje que no nos es ajeno, que forma parte de nosotros, porque nosotros formamos parte de quien nos está hablando.

A los que nos gusta pasar tiempo en la naturaleza solemos decir que uno ve solo lo que está buscando. A menudo pasamos por delante de algo maravilloso y nos pasa desapercibido simplemente porque no lo estamos buscando: oímos, pero no entendemos; miramos, pero no vemos. También nos puede pasar que nos acer-

quemos a la naturaleza con la superficialidad del que no tiene más remedio que “pasar por ahí” o con la actitud del que solo la trata como un escenario donde pasar el rato o divertirse. Del que la usa. Hay quienes rehúyen las montañas y los bosques como si solo fueran hogar de alimañas y peligros. Hay quienes piensan que solo las construcciones que han salido de la mano del hombre pueden proporcionar las condiciones necesarias para la vida. Todo esto no hace sino certificar que es del propio interior de donde sale la forma de mirar y relacionarse con el entorno, y que la clave para tener una relación más profunda con la naturaleza no reside tanto en la naturaleza misma como en la propia interioridad de cada persona. Interioridad que a menudo está herida o rota.

Vivimos en un mundo plagado de paradojas a las que, a menudo, cerramos los ojos. Queremos cuidar el entorno en el que vivimos, y multiplicamos leyes y reglamentos, como si la coerción fuera la solución a los problemas que tenemos. Acá y allá hay prohibiciones, hay multas, hay advertencias, hay vigilancia. Pero sigue habiendo algo que no funciona. Porque todo eso no ha sanado la insensibilidad de tantas personas. Cuando alguien nos mira o nos pregunta, de nuestra boca sale lo políticamente correcto. Y, ciertamente, en algunos ámbitos, el respeto por la naturaleza ha mejorado. Pero, y aunque pueda sonar esta afirmación un poco sensiblera, el *quid* de la cuestión no se encuentra en el mero respeto, sino en algo que va mucho más allá. El mero respeto parece implicar que humanidad y naturaleza son dos realidades radicalmente separadas, que no tienen más remedio que entenderse. Pero esa concepción es muy pobre.

El término “naturaleza” es complejo y puede hacer referencia a diversas dimensiones de la realidad. Lo uso aquí como referido a lo que, al oírlo, intuitivamente se nos viene en primer lugar a la cabeza: los bosques, las montañas, los ríos, los mares, los páramos, las simas, las estrellas, los vientos, la nieve, las plantas y sus

flores y frutos. Todos sabemos lo que significan estas palabras. Pero no todos conocen de verdad las realidades a las que remiten. Para conocer una realidad hay que “escucharla”, hay que hablar con ella. Todo en la creación es palabra que está continuamente hablando, interpelando, regalando. Y no se trata de palabras sueltas. Cada palabra habla del “uno” que es la creación. No vivimos en un mundo compuesto por piezas sueltas, sin relación alguna entre ellas: aquí una piedra, allí una guarida; aquí una cascada, allí tierra yerma; aquí un castaño, allí una salina. Cuando somos niños nos enseñan en el colegio que todo está en relación con todo, que todo necesita de todo, que hay unos ciclos de la vida, que hay unas simbiosis. Y que el hombre también forma parte de ello. Si aquí crece esta flor es porque hay este suelo; si una planta se expande es porque hay determinados polinizadores; si hay tal vegetación con tal fruto es porque se dan tales condiciones atmosféricas; si existe esta especie animal es porque está cerca esta otra. Hay un equilibrio, una ley siempre más amplia de lo que pensábamos, cuyos entresijos van siempre un poco por delante de nuestro conocimiento.

Ciertamente, no es lo mismo una jirafa que una orquídea, ni es lo mismo un diamante que una serpiente, ni es lo mismo un delfín que una persona. Hay algo en el espíritu humano que le permite abarcar la totalidad de lo creado, y que lo capacita para cuidar y gobernar todo. Al menos, como posibilidad. La Biblia dice que Dios nos dio la capacidad de poner nombre a los seres creados. Podemos conocerlos y amarlos. Fuimos puestos en un Jardín con el fin de cultivarlo. La naturaleza nos ayuda a ser humanos, nosotros ayudamos a la naturaleza a ser ella misma. Pero ese gobierno fácilmente se convierte en dominio despótico, en ocasión de negocio y beneficio, en estrategias para conseguir los propios objetivos, haciendo abstracción de muchas cosas esenciales. Hay algo que se ha truncado en la convivencia que está inscrita en lo más profundo de

nuestro ser. Algo que no ha madurado. Algo que ha permanecido dormido. Algo que se ha torcido.

En su libro, Fernando Echarri propone al lector un camino que es, contemporáneamente, crecimiento humano y desarrollo armónico de la naturaleza. Hay diferentes temperamentos y sensibilidades, pero todos respiramos, todos necesitamos de los demás, todos crecemos al implicarnos en las necesidades de quienes nos rodean y de lo que nos rodea. El espíritu de todos se expande, en mayor o menor medida, cuando aprende a respirar la belleza que le rodea y que le educa y alimenta. Que la relación con la naturaleza sea vivificante para ambos depende no solo de las clases que recibimos en el colegio, de las indicaciones que vemos cuando salimos al campo, de lo que nos dicen nuestros mayores o de las leyes vigentes. Depende, en último término, de una toma de conciencia que surja de la fibra más interior de nuestro ser. Y hasta ahí es hasta donde nos llevan las palabras de Rilke mencionadas al principio de este prólogo.

Al final de su libro, Fernando Echarri se pregunta por unas estrategias de ecología profunda para la educación ambiental y propone estas: encuentros en la naturaleza y aprender a mirar. Está por un lado la actitud de fondo, existencial diría. Una actitud de apertura y escucha permanente. Porque hay una voz que no deja de hablar, a veces incluso de gritar, pero de la que no nos damos cuenta porque ni siquiera estamos abiertos a la posibilidad de que exista. A menudo, porque “no la necesitamos”. La persona humana es radicalmente pobre, radicalmente necesitada, radicalmente mendiga. No solo de realidades materiales. La naturaleza nos recuerda nuestra condición espiritual: somos materia y espíritu, somos continuidad con la tierra que pisamos y, al mismo tiempo, la trascendemos. Y la naturaleza, siendo materia, también habla a nuestra dimensión espiritual, recordándonos que, en su origen, hay algo más que materia. Aprender a mirar es superar una for-

ma material, superficial, de mirar, un asombrarse por lo grande y por lo pequeño, por el orden, por las formas, por los colores, por la tersura, por el cielo y por las profundidades. Por luz y por las sombras.

Y encuentros en la naturaleza. Experiencias. No cualquier experiencia, porque no todas las experiencias son verdadero encuentro. Las experiencias que tocan nuestra fibra más profunda son una confluencia de actitud y suceso. En cierto modo no se preparan, sino que acontecen de improviso, sorprenden. Incluso asustan. Pero, en cierto modo, debemos estar preparados para que, en ellas, de hecho, pueda darse un verdadero encuentro. Sí, están relacionadas con algo que entra en la escena de nuestra vida de una forma súbita y poderosa: un venado en libertad que se nos cruza en el camino, un rayo de luz entre las nubes, un copo de nieve en un guante, el sonido de un alud en la lejanía, los colores de una flor de alta montaña, el súbito silencio antes de una tormenta, una cascada a la vuelta de la esquina, un árbol cargado de fruto en el camino. Pero no es solo eso. Es una confluencia espiritual. La toma de conciencia de la existencia de algo más amplio y profundo, de algo que nos introduce en la eternidad de Dios “hecha materia en lo que nos rodea” y que necesita de un corazón que esté buscando. No necesariamente algo concreto. Sólo que esté buscando.

Sólo cuidamos de verdad aquello que amamos, aquello que estamos dispuestos a amar. Solo cuidamos de verdad, con todo nuestro ser, a aquel a quien amamos, a aquel a quien estamos dispuestos a amar. Solo se puede amar de verdad cuando el deseo de dominar o poseer es vencido por el deseo de dar y cuidar con agradecimiento. La naturaleza puede ser objeto de esa actitud del corazón. Amamos de una forma diferente a una persona que a un árbol. Con distinta forma de amor, sí, pero con verdadero amor humano. Como se ha dicho antes, la persona pervive en el tiempo

y puede contener en sí a toda la creación, y por eso puede cuidarla y gobernarla como hogar que también tiene una vocación, la de poder ayudar lo mejor posible a que la humanidad crezca y se desarrolle como tal. Dice san Pablo que la creación gime y sufre con dolores de parto porque está sometida a vanidad, y que podrá ser liberada de esta esclavitud en la medida en que hombres y mujeres seamos realmente lo que estamos llamados a ser: hijos de Dios. El hijo de Dios participa de la sabiduría creadora, es capaz de captar ese vínculo profundo que hay entre todo lo que existe. Es capaz de abrazar las leyes de la vida, y eso le permite un modo de existencia que, al mismo tiempo que recurre a todo lo creado para vivir y crecer en sus diversas dimensiones, protege y cuida del principio de vida de lo que le rodea.

Cuando uno es pequeño en la medida en que empieza a darse cuenta de lo que le rodea acumula elementos sueltos. Según va creciendo, va relacionando, va uniendo. Si nos ayudamos mutuamente a fomentar la riqueza interior, iremos aprendiendo a pararnos, a considerar las cosas más despacio, a recordar. Unas realidades nos evocarán otras. Y así nuestra mirada será cada vez más rica y no solo no se cerrará al asombro, sino que cada vez se asombrará más de lo que pensaba que ya conocía. En esto nos tenemos que ayudar unos a otros, promoviendo esas experiencias, ayudándonos a interiorizarlas, redescubriendo que quizá una experiencia que nos parecía normal, ha sido, en realidad, algo extraordinario. Es más, con el tiempo nos daremos cuenta de que lo extraordinario es mucho más normal de lo que nos parecía. Y de que la naturaleza es como una compañera de camino que lo manifiesta y lo canta. En nuestras manos está el ayudarnos a no sentirnos ajenos a esa riqueza, a crecer en sensibilidad, a tener verdaderos encuentros que transformen, a valorar más la diversidad que nos abraza y que es expresión de la pura vida. Este es el camino para que el verdadero compromiso arraigue en nuestro

interior y todos, no solo unos pocos, nos sentimos responsables, cuidando y gobernando la naturaleza en lo que podamos, de hacer cada día un mundo mejor para nosotros y para los que vengan después de nosotros.

Juan Luis Caballero